

Carlos Keller R.

CONVERSACIONES EN EL DESIERTO

(Continuación)

PUEBLOS PERDIDOS DEL OTRO MUNDO

EN la tarde, el automóvil recorrió los 150 kms. que mide la distancia de Pedro de Valdivia a Chuqui, en dos horas.

El valle del río Loa parece una paradoja en medio del desierto. No se concibe que la aridez no absorba la corriente líquida. Pero pronto nos rodea otra vez la soledad. Es aquí de color café amarillento.

Avanzamos por una depresión del terreno que es encerrada por altas montañas a ambos lados: a la izquierda se encuentran los cerros de Chug-Chug, a la derecha los de Montecristo y al frente el macizo del Inca.

Nos acompaña una doble fila de torres que conducen la energía eléctrica desde Tocopilla.

Poco a poco, subimos a las montañas. Arriba, en la cumbre, nos sorprende un paisaje soberbio. El manto gris de la tarde cubre ya el valle del Loa, pero la diáfana transparencia del aire nos transmite los suaves colores, de finísimos matices, de las altas cumbres de la Cordillera. Es un panorama amplísimo, de un sabor indescifrable. Al frente, brillan los terraplenes amarillos de Chuquicamata.

El «guest-house» de Chuqui no se caracteriza por la «neue Sachlichkeit» de las oficinas salitreras. Recuerda a un hogar burgués de Yanquilandia.

La conversación había cesado casi completamente durante la tarde. Sentíamos algún cansancio, después de las fuertes impresiones que habíamos recibido en las salitreras. Además, el paisaje del desierto nos entretenía suficientemente.

Habíamos resuelto continuar al día siguiente nuestro viaje, para visitar primero los pueblos perdidos del otro mundo y después Chuqui. ¿La razón? Mi amigo, el Diplomático, manifestaba que se estaba asfixiando en el ambiente yanqui y que deseaba regresar otra vez al mundo humano. No quedaba, pues, otra solución que satisfacer sus deseos. Aunque en cuanto a mí, el ambiente me agradaba sobre manera.

Por eso acordamos cenar «en famille» y retirarnos temprano.

—¿Ha observado usted, me preguntó de sobremesa el Ataché, los procedimientos de los yanquis? Todo lo desnacionalizan. Quieren que los niños chilenos de la Pampa aprendan el inglés. Aun los ingenieros chilenos han sido yanquizados, y hasta los médicos han tenido que ir a estudiar en su país.

—Sin duda, le replico, la presión espiritual a que se nos somete en la Pampa, es violenta, casi irresistible. Pero quizá esta «inyección técnica», la disciplina que se nos impone, los hábitos de trabajo y de orden que se cultivan, sean de beneficio para el país. No veo ningún peligro en todo eso. La amenaza viene de otra parte. Hasta ahora, aquí en la Pampa predomina el ingeniero, y el ingeniero está dotado de una mentalidad infantil. El administrador desea nuestro progreso, quiere ayudarnos, ha sido absorbido, hasta cierto grado, por nuestro paisaje. Pero detrás de él se encuentra una potencia, cuya influencia él mismo apenas vislumbra, aunque la odia: el capital.

—¿Y usted cree que ese capital pueda pensar algún día en conquistas territoriales?

—Evidentemente, le replico, el capital yanqui todavía es internacional. No reconoce la existencia del Estado, porque su Estado es la órbita de la empresa. Pero ocurre que esa empresa tropieza hoy en día con toda clase de dificultades, y no me sorprendería que el día menos pensado ese mismo capital internacional iniciara una campaña nacionalista para salvarse. Mi temor es tanto más fundado, cuanto el alma yanqui puede ser entusiasmada para cualquiera quimera, siempre que la prensa le dirija durante algunos días un fuego nutrido de ametralladoras.

—Eso se pudo observar cuando se hizo la campaña a favor de la participación de los Estados Unidos en la guerra mundial, observó el Diplomático.

—Y podrá repetirse cualquier día, continué. Es ese el verdadero peligro a que estamos expuestos. Y aunque, por ahora, parezca remoto, en realidad ya se presenta.

—¿Y qué solución ve usted para el problema?, interrogó el Diplomático.

—Para salvar nuestra libertad, le contesté, es preciso que se cumplan dos condiciones: primera, la unión política y económica iberoamericana y segunda, la adhesión de esta unión a una alianza económico-política que sea lo menos peligrosa posible para nuestra libertad.

—¿Pero no dependerá la elección de alguna afinidad espiritual?, preguntó el Diplomático.

—Me opondría a toda alianza basada en sentimentalismos. El único argumento que debe valer es el poder que ella nos ofrezca y la ausencia de peligro para nuestra libertad. Estos dos requisitos bastan y sobran. Yo siempre he pensado en la idea pan-europea de Briand, pero parece que representa una simple utopía.

Los ojos del Diplomático comienzan a brillar.

—Oh, sí, replica, ese es un gran ideal. La solución de casi todos los problemas del mundo sería la alianza franco-alemana. Unidos estos dos países, ellos podrían contrarrestar la influencia yanqui, la mecanización del universo, la muerte de la civilización. Los franceses tienen el élan, los alemanes lo complementan con su sobriedad y profundidad.

—¿Y por qué no se unen?, pregunto.

—Porque son países demasiado vecinos, contesta el Ataché. Pero yo sospecho que la unión vendrá. La única esperanza que me induce a pensar así, es la mentalidad de los ex-combatientes. Puede que parezca paradójico, pero estimo que los ex-combatientes se entenderán y realizarán esa alianza.

—Yo creo lo mismo, afirma el Diplomático. Ella debe comprender a Francia, Alemania, España, Italia, Bélgica, Suiza y los países nórdicos. No debe abarcar los países del Oriente, que son bárbaros e incomprensibles para un buen europeo.

—¿E Inglaterra?, pregunto.

—Tampoco debe extenderse a Inglaterra. Usted verá, dentro de poco, Inglaterra habrá terminado de figurar entre las potencias. El Imperio se encuentra en plena disolución. No hay que entorpecer su decadencia.

—¿Y cómo estima usted que se podrá realizar prácticamente esta alianza?, pregunto.

—Hay que comenzar por los tratados comerciales, contesta. Existiendo un entendimiento, se vencerán lentamente todas las dificultades y se estrecharán los lazos que nos unen. No hay que apresurar las cosas. Poco a poco se encauzarán los rumbos de la política económica y comercial, y lo demás vendrá pronto.

Esto es sumamente interesante.

Nos levantamos a las cuatro de la mañana. Mis amigos estaban algo enojados conmigo, por la presteza con que hacíamos el viaje. Pero, ¡qué diablo!, no había tiempo para descansar. El mundo revela toda su belleza, cuando se le conquista en viaje sintético. Y de aquí a Toconao son sus ciento cincuenta kilómetros.

La huella de concreto nos conduce a Calama. El pueblo todavía duerme. Cruzamos las vegas, observamos los primeros llamas, mezclados con vacunos, los espaciosos edificios del Regimiento Andino, y henos otra vez en medio del desierto.

Hace frío, y me envuelvo en la manta.

Pronto los primeros rayos del sol tocan la cumbre de los gemelos San Pedro y San Pablo, que desfilan frente a nosotros a mano izquierda. A sus pies se extiende el desierto azul, cuya planicie se inclina suavemente hacia la hoya del Loa. A mano derecha quedan los cerros de Limón Verde. ¿Quién les habrá dado este estrambótico nombre, que tan poco merecen? ¿O se lo deben a algún espejismo en medio de la árida arena?

A lo largo del camino se encuentran diseminados los esqueletos de vacunos que perecieron en el desierto, durante el viaje de Salta a las salitreras. El cuero se ha conservado perfectamente, y los obreros que construyeron la huella a San Pedro tuvieron el buen humor de colocarlos, de vez en cuando, sobre las piedras que bordean el camino, para asustar el viajero. Vimos ahí una vaca que al morir inclinó su cabeza sobre el pecho y que, colocada sobre las pircas, parece como si diera vuelta la cabeza para observar el auto que se le aproxima. Una tristeza infinita parecía expresarse en sus ojos.

Más allá, el camino sube a los cerros. La cumbre se encuentra a 3,600 metros. Al otro lado, la Quebrada de los Tambores nos hace descender rápidamente.

Es un paisaje soberbio. Las formaciones jurásicas han sido plegadas y se caracterizan por una variedad extraordinaria de colores. Por sobre ellas se encuentra una espesa capa de liparita, que las protege contra la destrucción. Grandes trozos de esta liparita han caído a la quebrada.

En aquel paraje comenzó a despertar el espíritu del Diplomático.

—Quisiera saber, dijo, si esa rubia que comió con nosotros en María Elena, era la mujer de X o de Y.

—Tengo la seguridad, que es la mujer de X, expresó el Ataché.

—Yo entiendo que es la de Y, dijo el Diplomático.

—No es tan difícil saberlo, intervino el Cónsul. A la vuelta podemos pasar por Chacabuco, y allá lo sabrán.

—De ninguna manera, replicó el Diplomático. Si pasamos por Chacabuco, corremos peligro de encontrarla. Y lo único que deseo es no volver a verla en mi vida. Es demasiado yanqui, tan sin sal.

¿Cómo explicar, sin embargo, que su primera pregunta en esta hermosa mañana dijera relación con esta mujer?

—Ustedes no se imaginan lo que son las mujeres en la Pampa, intervino el Cónsul. Ahí tienen el caso de uno de los Jefes de las plantas. Un buen día se enamoró de la mujer de uno de sus ingenieros, consiguió que mandaran el marido al Perú, con un sueldo fabuloso, naturalmente, mientras que su mujer se fué a Estados Unidos para divorciarse y casarse con el rival.

Atravesamos a gran velocidad la Quebrada de los Tambores. Las murallas caen verticalmente. El fondo está cubierto de arenas.

—Hace poco, continuó el Cónsul, el primer marido se embarcó en un buque alemán, para regresar a su país. La pena, la soledad, la rabia, ¿quién sabe?, lo habían convertido en un bebedor. Aceptó el cargo de fogonero en el buque. Esa es la Pampa.

—Yo ya sospechaba esas tragedias, dijo el Ataché. No se trata del clima solamente y tampoco de la soledad del desierto. La mayor parte de la culpa corresponde a la mecanización de la vida. Aquí el individuo es un simple siervo de la máquina.

—En efecto, expresó el Diplomático, yo perdería completamente la razón en este infierno. Está bien que se le obligue al hombre a trabajar. Nada digo en contra de su empeño esforzado y duro. Pero a lo menos se debe permitir a uno que el día domingo se siente debajo de un árbol, para leer un buen libro. Eso aquí no es posible.

—La mecanización de la vida, continuó el Ataché, produce un desequilibrio completo de las facultades del individuo. El hombre está dotado de determinadas inclinaciones: necesitamos trabajar físicamente, pero también necesitamos cultivar las facultades sentimentales, religiosas y netamente espirituales. Si se impide el desarrollo de todo este mundo, el hombre es arrojado de su órbita natural y se convierte en un animal.

Cruzamos el llano de la hacienda. Hacia el Sur, una depresión del terreno acompaña por el Poniente la Cordillera Domeyko, cuyos últimos desfiladeros se extienden hasta acá. Pronto entramos en una nueva quebrada, y finalmente en un túnel, de unos 150 metros de largo, cruzando así una serranía que corta el camino.

Al salir del túnel, nos sorprende el más grandioso y delicioso de los paisajes. Después de tanto caminar por desiertos arenosos, completamente desamparados, divisamos potreros de un verde tan fresco, como nunca lo habíamos visto. ¿Será por el contraste con la aridez de la Pampa o se debe a la diafanidad de la atmósfera, que los colores brillen tan ardientes en esta región?

El oasis está rodeado en esta parte de cerros fuertemente plegados, de color rojo claro. La superficie del terreno está cubierta de piedrecitas que le transmiten movimiento a la luz.

Detrás de los cerros bajos se yerguen los gigantes de la Cordillera Real: el Lascar, el Licancaur y quince volcanes más, todos de más de cinco mil metros de altura.

El Diplomático está asombrado. Su entusiasmo no encuentra palabras adecuadas.

—Estamos en la luna, exclama. Esto es algo soberbio. En verdad, vale hacer un viaje alrededor del mundo para verlo. Yo nunca he visto un paisaje más majestuoso.

Pronto nos encontramos rodeados de verde. Atravesamos el río San Francisco. Una india, con su sombrero característico, va hilando por el camino. Las ramas de tamarugos, algarrobos, higueras y perales se inclinan hacia nosotros. Los maizales sobrepasan las pircas a ambos lados del camino. Vemos vacunos pastando en los potreros de alfalfa. Todo esto se nos presenta como un nuevo mundo, algo inaudito, jamás sospechado, en medio de la aridez del desierto.

San Pedro de Atacama es un pueblo que ha conservado su carácter colonial-indígena. Los enormes pimientos de la plaza ofrecen frondosa sombra. La iglesia es de bella estructura, con un hermoso portón colonial. El antiguo cabildo boliviano, ocupado por los Carabineros, es como un testimonio de piedra de tiempos antiguos. Nos hablan de Diego de Almagro, y quienes lo mencionan, se nos presentan como si hubieran sido testigos de su estadía en San Pedro, hace cuatrocientos años. Las callejuelas son estrechas y risueñas.

—A fin de apreciar todo esto en la debida forma, hay que preparar un buen menu para el almuerzo, afirma el Diplomático.

—Vamos al hotel San Pedro.

—Una pequeña entrada de jamón con mayonesa. ¿Después pollo? Muy bien. ¿A la cacerola? ¿Fritos? No. Si yo los pudiera preparar personalmente, estaría bien. Pero ustedes los chilenos no lo entienden. La cazuela, eso sí, la preparan admirablemente bien. Bueno, cazuela. Hay que preferir siempre lo que sabe preparar cada pueblo. ¿Después una tortilla de verdura? Admirable, pero que sea bien tierna. ¿En seguida cordero? Pernil o chu-

leta, no importa. Un postrecito de frutas. ¿Brevas? Muy bien. Y café.

Como me sonrió de tanto afán, que demuestra mi amigo, me dice:

—No se ría de mí, amigo Keller, usted verá. El paisaje es mucho más bonito cuando no se tiene hambre. Pero ahora vamos a comprar pan y queso para el viaje a Toconao.

Seguimos adelante. Ahora cruzamos el Salar de Atacama, aquella inmensa planicie de que tantas veces había soñado, que siempre observaba en los mapas y que me parecía la encarnación de la soledad. Imagínese: en medio de la majestuosa Cordillera, una planicie del tamaño de toda una provincia, llena de sal.

La realidad superaba ahora a los más bellos sueños. La superficie es húmeda, a veces aflora el agua. Hay abundante vegetación, suficiente para el pastoreo. La capa superior está impregnada de sales. A veces, la superficie parece cubierta de nieve. Hay muchos mirajes que aparentan la presencia de lagos. En ellos se reflejan las cumbres de los cerros.

Es este un paisaje heroico. La transparencia del aire permite reconocer los detalles de la Cordillera, a pesar de su gran distancia. Se pueden observar las inmensas erupciones de liparita y las capas de lava reciente, de color más oscuro. La Cordillera Real se presenta como una planicie, sobre la cual se levantan los conos de los volcanes, de formación más reciente. El Licancaur y el Lascar ofrecen sus esbeltas formas.

Pronto el camino comienza a subir, atraviesa un desierto, y detrás de una curva cruzamos el puente de Toconao.

¿Cómo encontrar palabras para describir esta nueva maravilla? Toconao es algo único, algo que no tiene igual, un ensueño perdido en el último confín del mundo.

Dícese que un lord inglés tuvo un hijo de malas costumbres a quien era preciso eliminar de la sociedad. Su padre lo llamó un buen día y le hizo el ofrecimiento de pagarle una libra por cada milla que se alejara de Londres. El hijo, aunque mal educado, era un buen matemático y comenzó a calcular cual era el lugar más distante de su patria. Finalmente, se dió cuenta que lo más conveniente era venir al desierto de Atacama, y llegó a esta región.

Toconao es un pueblo netamente indígena. Si se le quisiera describir, habría que hacer alusión a las casas de muñecas que se obsequian a las niñas. La vida tiene aquí un ritmo particular. Cada indio e india se asemejan a una escultura tallada por un gran artista. Cada detalle de su indumentaria tiene carácter,

es algo perfecto, acabado, hecho para cumplir una función determinada. La comunidad se presenta como un organismo vivo. Se reconoce inmediatamente el papel que cada cual desempeña. El colorido del pueblo es muy fuerte y fresco.

Tan indígena es Toconao, que ni siquiera un turco ha venido a ocupar una tienda o un italiano un almacén. Aun el comercio local está en poder de los aborígenes.

El pueblo está rodeado por una profunda quebrada. En ella corre agua cristalina, y hermosas chacras cubren el valle y sus laderas. Han construído canales que riegan las diminutas heredades, de pocos metros de superficie cada una. Al lado de las chacaras, donde ya no hay riego, se han construído las viviendas, casi todas de piedra de liparita, que constituye una gruesa capa debajo del pueblo. En la plaza se encuentra el campanario de la iglesia, separado de ésta. La iglesia misma está cubierta de totora y tiene un aspecto perfectamente colonial. Podría creerse que ya llena muchos siglos de vida, pero seguramente ha sido levantada hace pocos años. Sus santos tienen todo el encanto de un pueblo creyente e ingenuo.

Penetro a través de la frondosidad de las chacaras. Respiro aire perfumado por la germinación vegetal. Bebo el agua deliciosa de los canales. Tomo un baño en el refrescante líquido. Converso con algunas indias que están tejiendo mantas bajo centenarias higueras. Experimento la sensación de los vivos colores que saben preparar. Oigo sus cantos.

Visito a un viejo indio. Como todos, es afable y comunicativo. Me habla del tiempo en que Toconao todavía era boliviano.

—En aquel tiempo había muy pocos ranchos y escasa población, dice. Ahora esto se ha poblado mucho, pues, y la gente tiene hambre. El suelo no da para tantos. Vivimos de la fruta y de la venta de tejidos. Somos todos muy pobres. Y ahora, con el alza de los precios, la vida se hace incoportable. Los ricos son muy malos para con nosotros. Todo es especulación. Nadie se recuerda en el mundo de este desamparado pueblo.

Es un ambiente rústico y primitivo, lleno de encanto.

Sin embargo, la civilización ha penetrado también hasta acá y está destruyendo valores reales y honrados. En la casa vecina están tocando «Valencia» en una horrible victrola...

Me siento transformado. Experimento las vibraciones de otra vida más sencilla, pero más verdadera. Aquí nada constituye un contraste con el ambiente. Toconao no puede ser de otra manera, no se puede concebir que no exista en este lugar y en las condiciones como se presenta.

Cuando regreso donde mis amigos, que se habían instalado en la vivienda de un mercader, los encuentro desconcertados.

—Imagínese, lo que nos ha pasado, exclama el Diplomático. Creíamos haber comprado queso en San Pedro, y ahora resulta que es queso de chancho. Esto es algo horrible, no se puede comer, y en Toconao no nos pueden ofrecer absolutamente nada.

De regreso, mi amigo estaba triste. El paisaje ya no le agradó tanto, desde que tenía hambre.

Sin embargo, en San Pedro lo reconfortó un buen almuerzo.

Como mis compañeros europeos eran coleccionistas de antigüedades, hicieron correr la voz en el pueblo, de que deseaban comprar objetos antiguos, y muy pronto nos ofrecieron los niños artefactos de alfarería, puntas de flechas, bombillas, monedas bolivianas y plumas de avestruz, traídas de Argentina.

Al adquirir un plato de greda, el Diplomático manifestó:

—Estoy absolutamente seguro que este artefacto es moderno. Pero no importa. He vivido muchos años en Creta y me dediqué allá a las excavaciones, extrayendo de la tierra una hermosa colección de testimonios de aquella grandiosa civilización. Sin embargo, debo confesarles que ellos en nada se distinguían de los que todavía se elaboran en aquella isla. Hay una estética admirable en la civilización humana.

Y comenzamos a hablar sobre la civilización latina.

—Cada día me convengo más, expresó el Diplomático, que la civilización francesa es mucho más helénica que latina. Los romanos en el fondo fueron bárbaros, más o menos así como los yanquis. La planta de Pedro de Valdivia les habría encantado. Los griegos tenían alma, espiritualidad, fineza. Probablemente por eso han sucumbido ante el empuje de los romanos, pero la altura a que se elevó su civilización lo recompensa todo. Aquí en San Pedro y Toconao hay espíritu helénico, por paradójico que parezca. Naturalmente, «in nuce», sin el desarrollo de una vida superior. Si a mí me colocaran ante la alternativa de tener que elegir entre Pedro de Valdivia y Toconao, no dudaría un solo instante en decidirme por Toconao.

Después de almuerzo, mientras el Diplomático dormía la siesta, recorrí a caballo el oasis de San Pedro. Un fuerte viento mecía los árboles y arremetía contra la vida orgánica que había surgido en medio del desierto. Las chácaras están mal trabajadas. El suelo es pobre, debido al exceso de sales que contiene y que las aguas de regadío le agregan. Sin embargo, la sensación del verde es muy profunda.

Al atardecer, nos despedimos de San Pedro.

Antes de cruzar el llano de la Paciencia, visitamos la Piedra

de la Coca, un gran bloque de liparita que ha caído a la quebrada. Está cubierto de dibujos indígenas y lleno de pelotitas de coca, que los indios ofrendan a la divinidad antes de penetrar en el desierto, para que los acompañe la suerte.

Más allá cae la noche y las estrellas comenzaron a brillar sobre el paisaje muerto, despertando fantasmas en los cerros. La tranquilidad del desierto es desesperante de noche.

El ambiente favoreció la conversación.

—¿Conoce usted «Les nourritures terrestres» de André Gide?, preguntó el Diplomático.

—Sí, es una síntesis admirable de la espiritualidad moderna.

—Ayer, antes de dormir, he leído en este libro, continuó. Ya lo he leído a lo menos quince veces. Es mi biblia.

Y después de contemplar silenciosamente el paisaje durante largo tiempo, me interrogó precipitadamente:

—¿Cree usted en la existencia de Dios?

Y él mismo contestó su pregunta:

—No lo hay. Es una ficción. Los griegos no creían en Dios, y yo soy tan pagano como ellos, absolutamente pagano.

—Pero eran muy supersticiosos, replicó.

—Yo también lo soy. Un hombre de cultura es supersticioso como un primitivo. Hay secretos en el mundo. Hay cosas inexpresables e inexplicables. La sensación de estas cosas constituye la esencia de la vida.

—Por ejemplo, la libertad, contesto.

—Sin duda. La libertad pertenece a aquellas sensaciones misteriosas. La idea de la libertad lo obliga a usted a menudo a actuar en pugna con la razón. Hay personas que pueden perder el juicio por amor a la libertad. ¡Ah esto es inmensamente pagano!

La noche parecía arder sobre la Pampa. Lejos, en el horizonte, brillaba el mar de luces de Chuqui.

Los focos del Cadillac alumbraban la momia de una vaca muerta hace muchos años, y esta visión fantástica nos acompañó hasta llegar al campamento.